

Homilía por los 76 años de fundación de la PUCE

Mt 5,13-16

Llegamos a nuestros 76 años de servicio a la sociedad en momentos convulsos para el país. A la vez que nos alegramos por este nuevo aniversario, que muestra el gran camino recorrido y nos alienta a seguir ofreciendo más a nuestros estudiantes y al país, nos preocupan las sombras que aparecen y empiezan a envolver la cotidianidad, y no solo en los lugares donde hoy se siente con fuerza la violencia delincuencial.

En este contexto, el evangelio nos sorprende y pide algo inusitado y, quizás, peligroso: mostrarnos, hacernos ver, brillar para que nos vean y, viéndonos, la gente reconozca a Dios.

Como institución que tiene por misión la búsqueda de la verdad y la promoción de la dignidad humana desde la perspectiva del humanismo cristiano, es bueno que nos preguntemos: ¿qué significa dar sabor a esta tierra hoy amarga?, ¿qué quiere decir ser luz en un mundo reacio a Dios?

Recordemos el lema de nuestra universidad: “Seréis mis testigos”, que el P. Aurelio Espinosa Pólit, S.J. acuñó el 1 de junio de 1951, tomándola del libro de Hechos de los Apóstoles 1, 8. Desde este punto de vista, quisiera compartir con ustedes tres comentarios que espero sean de utilidad.

En primer lugar, el ser sal de la tierra y luz del mundo significa ser testigos con nuestras obras, antes de serlo con nuestras palabras.

Ser testigo es diferente a ser predicador, porque el testigo es aquel que muestra cómo en su vida el mensaje del evangelio lo ilumina y lo ha transformado. Solo en esa medida, puede iluminar su entorno y, solo bajo esa condición, puede hablar para verbalizar su experiencia, no para sustituirla con meras palabras.



De la misma manera, la universidad debe hacer antes de hablar, ser antes de figurar, como bien decía el P. Aurelio Espinosa Pólit. ¿Decimos que nos fundamentamos en la Laudato si' y Fratelli tutti? Seamos, entonces, una universidad que gestiona responsablemente sus recursos, mantiene un campus sustentable y promueve la ecología integral en todas sus ofertas académicas. Que brillemos como universidad sustentable, para que la gente crea que la reconciliación de la humanidad consigo misma y de la humanidad con la creación sí es posible.

En segundo lugar, el ser sal de la tierra y luz del mundo significa dar testimonio de una experiencia vital. En otras palabras, la universidad tiene que vivir y experimentar en sí misma aquello que propone como sal y luz a una sociedad desabrida y en semioscuridad. Pondré solo dos ejemplos de este segundo punto.

Como toda universidad católica, somos un espacio de cultivo, crecimiento y proclamación de la fe cristiana. Esto conlleva el gran desafío de practicar y educar para una fe adulta. Una fe de una Iglesia en salida y sinodal en los hechos, que abraza e incluye, y no censura; fe adulta para creyentes adultos que piensan y ya no se satisfacen con las respuestas del Catecismo; fe adulta en un mundo que, poco a poco, pierde interés en Dios y en la trascendencia.

El segundo ejemplo se refiere a la doctrina social de la Iglesia que nos inspira. Si de verdad la asumimos, es imperativo que sigamos trabajando por una educación inclusiva, equitativa y de calidad para todos –expresión del Papa Francisco– de modo que más jóvenes puedan acceder a la educación superior independientemente de su origen socioeconómico. La educación de calidad para todos, a la cual dirigimos muchos de nuestros empeños, ha de ser nuestro modo de anunciar que la educación superior no debe servir para reproducir las desigualdades en los puntos de partida.



En este aspecto, deberemos trabajar para vencer el fantasma interno que nos hace creer que la calidad académica se contrapone a la inclusión social y viceversa. Nuestra idea de calidad es llevar al estudiante desde el punto en que lo recibimos hasta el de máximo desarrollo de sus capacidades; calidad no puede ser sinónimo de exclusividad o elitismo en una universidad que se dice católica, ignaciana y humanista.

La tercera forma de ser sal de la tierra y luz del mundo encierra, de alguna manera, las dos anteriores. Brillar en el mundo podría entenderse como el deber de mostrar a quien quiera ver que somos creyentes o que existe en el Ecuador una universidad que se considera católica. Sin embargo, tanto o más importante que esto es el contar qué es aquello en lo que creemos.

No basta, creo yo, decir que creemos; más importante es proclamar qué creemos, qué es aquello que hemos visto, oído y palpado, qué es aquello que nos mueve y transforma, en lo privado y en lo público, como personas y como institución.

En la medida en que nos presentemos al mundo así, liberados de la tiranía de las estadísticas que agobian a una Iglesia cada vez más preocupada por la disminución de la práctica religiosa, seguramente, descubriremos otras luces y otros sabores parecidos a los nuestros y complementarios. Esto en el marco de la misión de Jesucristo, de construir un mundo en el que Dios se sienta a gusto, que así me suelo imaginar el Reino de Dios.

Ser sal de la tierra y luz del mundo implica, entonces, ser testigos con las obras antes de serlo con palabras. Significa, además, mostrar lo que nos hace vivir, la experiencia vital que hoy nos congrega y da sentido a todos nuestros esfuerzos. Significa, por último, estar atentos a esos otros sabores y luces que existen a nuestro alrededor, aunque no sean explícitamente de tradición católica o creyente.



¿Son estas exigencias difíciles o imposibles? ¿Deberemos pasar por más cambios en la cultura institucional y en la organización, con toda la incertidumbre y afectación al clima laboral que generan estos continuos cambios?

“¿Si Dios está con nosotros quién estará contra nosotros?”, nos interpela San Pablo.

“Ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades, ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Que así sea para bien del país, de la universidad y de esta comunidad universitaria.